BIBLIOGRAFIA GENERAL

García Martínez, F., *El Cristo siempre nuevo. La posición del contexto en la cristología*, Sígueme, Salamanca 2019, 237 pp.

Para comprender este libro, de no siempre fácil lectura, hay que empezar por conocer el significado de las palabras, por ejemplo, lo que entiende el Autor por "posición" que aparece en el subtítulo. Pues bien, sólo hacia el final del libro nos aclara lo que significa para él "la idea de posición" (pp. 190-191). Después de pasarla por el filtro de la fenomenología, dice que "la idea de *posición*, por estar relacionada con el *estar-ahí* en y ante la realidad del mundo, tiene una fuerte carga anti-gnóstica que ayuda a hacer frente a las cristologías de larvada tendencia doceta, las cuales ha [sic] influido tanto en el imaginario cristológico". Pero también "frente a las cristologías de larvada tendencia ético-pelagiana, que en la actualidad no siempre sabemos sobrepasar". Para superar esta doble tendencia, él propone conjugar la posición humana y la posición litúrgica. Estamos en la tercera y última parte del ensayo del profesor de cristología de la Universidad Pontificia de Salamanca, en donde concentra lo que sería su aportación a la superación de las cristologías de manual que pecarían de esa doble tendencia larvada bien por el lado derecho o por el izquierdo, las cuales, al no contar con el contexto, sin el cual las formulaciones dogmáticas por muy fundamentadas que estén en una filosofía y en la Escritura, apenas tienen incidencia en la misión fundamental de la Iglesia que es la evangelización. Por eso, para conocer y dar a conocer a Cristo, el profesor García Martínez reivindica no la idea, la fijación dogmática del misterio de Cristo, sino la relación con él. Y esto tiene lugar preferentemente en la celebración litúrgica, en la eucaristía, que es donde se hace presente sacramentalmente Cristo y su obra de salvación. En efecto, "la liturgia cristiana tiene como

centro la representación del misterio pascual de Cristo, que recapitula y define plenamente y para siempre su historia e identidad salvífica. Esta representación contiene tanto la posición verdadera del hombre ante Dios (Cristo como figura), su diástasis histórica (pecado-muerte-cruz en cuanto desfiguración del designio divino) y su transfiguración (regeneración pascual: humanidad reconciliado en el Hijo), configurándose como espacio de salvación *in fieri* y sin vuelta atrás" (196). A esta figura de Cristo vivo y presente en la liturgia dedica, como quien dice, la conclusión de este ensayo bajo los títulos de Cristo sacerdote eterno, Cristo Señor, Cristo Hijo, Jesús Mesías: Jesucristo. Pues "sólo en la mediación litúrgica de Cristo, es decir, en la actualización eclesial de su palabra y su acción, el cristianismo y la cristología manifiestan su verdad y dan lugar a una esperanza definitiva" (208).

Como he dicho, García Martínez es profesor de Cristología en la cátedra regentada durante decenios por González de Cardedal, que también fue su profesor, y desde esta experiencia docente nota la deficiencia de la aportación de los manuales, que han venido a ser la respuesta a la inundación de las investigaciones de carácter histórico, exegético, dogmático etc., que desbordaban la posibilidad de abarcarlas a todas y necesitaban una síntesis, algo fundamental y compartido más o menos, que reflejara la doctrina de la Iglesia y no sólo a modo intuiciones sobre aspectos puntuales. ¿Dónde estamos? Se pregunta en la Obertura; pues en un momento delicado, después de la aportación de aquella "generación heroica" de los grandes teólogos del siglo XX. Hay que contar con aquella aportación, ciertamente, y no se puede ignorar, pero no podemos quedarnos en ella, repitiendo sus logros, pues vivimos en un contexto muy diferente social y culturalmente. Si los manuales, en los que la doctrina que hay que enseñar está perfectamente estructurada y sistematizada, ya no son suficientes para hacer comprensible y predicable el misterio de Cristo al hombre de hoy, ¿qué hacer? Este es el objetivo del libro. No elaborar un nuevo manual más actualizado, sino mostrar pistas a tener en cuenta en la enseñanza de la cristología de modo que el misterio de Cristo sea relevante para el alumno y para el ministerio de evangelización. O sea, que no empiece y termine en el aula, autorreferencialmente. Para ello, el Autor divide su ensayo en tres apartados cada uno de los cuales va bajo un epígrafe significativo de lo que quiere decir. Así, el primer apartado lo titula "PROVOCACIÓN. Resistencia y sumisión al contexto". Se trata de

una "provocación" para abordar la importancia del contexto si se quiere lograr alguna comunicación del mensaje. En este punto, me ha parecido muy interesante y didáctica la reflexión que hace a propósito de lo que culturalmente disponemos para hacer comprensible el misterio de Cristo, lo que llama Paul Ricoeur *croyable disponible* que aplicado al asunto que trae entre manos llama nuestro Autor *disponible cristológico*, que son "las evidencias o vigencias inconscientes de cada época" (33). Creo que con estos dos enunciados se ve la importancia del contexto para la reflexión cristológica.

El segundo apartado lleva por título "APLICACIÓN. Contextuar la cristología" que ya indica por dónde irá la "aplicación" de lo dicho en el apartado primero. Es la sección más amplia con mucho, pero tenía que ser así pues contextuar la cristología tiene que tener en cuenta el contexto cultural marcado por un profundo antropocentrismo, el contexto socio-político en busca de liberación, el contexto religioso caracterizado por un extendido ateísmo, idolatría e irrelevancia de la fe, para terminar con una reflexión sobre el pecado y la muerte como contexto carnal. Me ha parecido muy acertado y didáctico para el fin que persigue el profesor García Martínez, la estructuración de estos subapartados al poner de relieve los frutos, deficiencias y ambigüedades de la modernidad y de la posmodernidad para desembocar en lo que llama "incidencias cristológicas": qué repercusión para la cristología, no de manual, sino de calle, tiene cada uno de estos contextos; por eso habla de "aplicación", que es como bajar de la nube y poner los pies en la tierra. Del tercer apartado ya he hablado al principio. Pero lo que llama la atención es el título "SUJECIÓN. Contextuar cristológicamente el contexto". Tenemos ya el contexto localizado, ahora hace falta contextuarlo, o sujetarlo cristológicamente para que no se nos vaya de las manos, y este es el fin del presente ensayo, y la forma de lograrlo pasa por la liturgia, ¡quién lo iba a decir! En el Epílogo, nuestro Autor presenta su contribución como "Un libro en medio del camino", pues "hemos intentado poner a la cristología en movimiento hacia sí misma, de forma que nuestra propia enseñanza se ha confrontado con su pertinencia de fondo. Estamos convencidos de que esto es más importante que la forma en la que se concrete posteriormente en el aula" (222). De todas formas, ya me gustaría saber algún día cómo el profesor de cristología logra concretar en el aula las intuiciones aquí elaboradas que, aunque algunas necesiten de matización, como él dice,

y de mayor profundización y discusión en el ámbito de "la comunidad de los teólogos", están suficientemente pensadas como para empezar a practicarlas. *–José María de Miguel González, O.SS.T*